

LOS FUNERALES DE LENIN O EL NACIMIENTO DE UN MITO FUNDACIONAL

21

THE FUNERALS OF LENIN OR THE BIRTH OF A FOUNDING MYTH

Alfonso A. Gracia Gómez
Universitat de València (España)

Recibido: 15 de septiembre de 2018
Aceptado: 12 de octubre de 2018

Resumen:

La importancia histórica de la figura de Lenin no se reduce exclusivamente a los numerosos monumentos e imágenes que ocupan el espacio soviético, pues la presencia ubicua de su imagen en la narrativa histórica contemporánea sólo fue posible debido a su repentina muerte y al uso que Stalin hizo de ella para la consolidación de la URSS. Esta, a imitación de las antiguas tribus bíblicas, era más que la patria del socialismo, la patria del leninismo.

Palabras clave: *Lenin, figura, propaganda, mitología, imagen.*

Abstract:

The historical importance of the figure of Lenin is not exclusively limited to the numerous monuments and images that occupy the Soviet space. This ubiquitous presence of his image in contemporary historical narrative was possible only because of his sudden death and Stalin's use of it for the consolidation of the USSR. This, in imitation of the ancient biblical tribes, was more than the homeland of socialism, the homeland of Leninism.

Keywords: *Lenin, figure, propaganda, mythology, image.*

* * * * *

1. Introducción

La importancia histórica de la figura de Lenin no se reduce exclusivamente a su omniabarcante presencia, a los numerosos monumentos e imágenes que bombardearon el espacio soviético¹. Ciertamente, esa ubicuidad cuasi religiosa es imprescindible para la configuración imaginaria de un mito real²; pues sin la carga simbólica de la figura de Lenin no se puede explicar la historia que envolvió el surgimiento, continuación e incluso ulterior y efectiva decadencia de la Unión Soviética como proyecto en la historia³. Por ello, resulta tentador elevar la imagen de este personaje a la altura de un auténtico “padre fundador”, y ello no sólo porque ocupase el lugar imaginario del liderazgo en un proyecto político personalista, sino porque en torno a su imagen se construyó la filiación nacional de un pueblo naciente, un pueblo cuya historia debía estar, no escrita, sino por escribirse. Inversión del clásico esquema romántico en el que se funda la unidad simbólica de buena parte de los Estados modernos⁴: en el caso de la “nación” soviética nos las tenemos con un país “imaginario” (aunque habría que preguntarse hasta qué punto toda configuración nacional no sería más que un país imaginario) de fronteras siempre por definir: un país sin territorio específico, y que por ello pudo abrazarse con proyectos políticos geográficamente alejados, más allá de los límites territoriales de la antigua URSS y hasta todos aquellos lugares que anhelaron formar parte del proyecto común de una hipotética, siempre en construcción, patria internacional del proletariado.

Por ello, el nombre de Lenin comparte tan a menudo páginas con los líderes de numerosos Estados y regímenes totalitarios del siglo XX, organizados cuasi unánimemente en torno a la figura paternalista de un caudillo o dictador⁵. Es fácil de entender, igualmente, que ellos mismos se hayan vinculado mayoritariamente al propio universo ideológico del socialismo (no en vano enmarcado como marxista-leninista) pese a que la sola configuración de semejante hermandad conllevara el riesgo de que se los percibiera como la membresía perversa de un auténtico “eje del mal” del que han formado parte –al menos en el imaginario de las principales potencias de Occidente⁶– desde los totalitarismos de Mao y Kim Il-Sung, hasta otras propuestas personalistas como son el socialismo de Castro o el “socialismo del siglo XXI” de Hugo Chávez⁷.

¹ ENJUTO CASTELLANOS, Esther, “Stalin y el retrato oficial en la Unión Soviética de entreguerras”, *Ars longa*, nº 7-8, 1996-1997, pp. 279-283.

² DÍEZ, Luis Gonzalo, “Rompiendo con el mito de un Lenin *bueno* y un Stalin *malo*. Robert Service”, *Mar Oceana*, nº 20, 2006, pp. 171-174.

³ FUENTES, Juan Francisco, “De Lenin a Stalin. El triunfo del voluntarismo”, *Letras libres*, nº 226 (México), 2017, pp. 12-15. También se encuentra en el nº 217 (España), 2017, pp. 8-11.

⁴ SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “La investigación del Nacionalismo: evolución, temas y metodología”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, nº 9, 1996, pp. 315-336.

⁵ GLOVER, Jonathan, *Humanidad e inhumanidad: una historia moral del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2013.

⁶ CORERA, Gordon, “Rusia y Occidente: un siglo de relaciones marcado por sospechas e intentos de desestabilización”, *BBC.com*, 28 de marzo de 2017.

⁷ Debido a que la figura histórica de Simón Bolívar se utiliza a menudo como símbolo de este movimiento, es muy común que en prensa e incluso en textos académicos se lo refiera como “bolivarismo”. Sin embargo, esa no fue la denominación correcta que el mismo Chávez dio para su causa política. El nombre de “socialismo del siglo XXI” fue transmitido tanto en los planes nacionales como en los documentos oficiales, y sigue siendo a día de hoy la fórmula de identidad preferida por las instituciones chavistas. Debo a Milagros Coromoto García Cardona esta apreciación, así como algunas incidencias notables de la comparativa entre los casos de Lenin y Chávez que tendrán importancia al final de este artículo.

Pero estas coincidencias no deben oscurecer un aspecto esencialmente único del caso de Lenin, detalle que es de hecho el que eleva su nombre al estatuto que ocupa como auténtico “mito” en la historia del siglo XX, más allá de las limitaciones geográficas o temporales que también han caracterizado a los liderazgos de otros gobernantes. Pues esta presencia extraordinaria de la imagen de Lenin en la narrativa histórica contemporánea no sólo fue posible debido a su repentina muerte, sino sobre todo al uso que el líder efectivo de la por entonces aún naciente Unión Soviética, Joseph Stalin, hizo de ella para su beneficio particular, es decir, para la consolidación del Régimen y el aseguramiento de su propio liderazgo. Los medios de comunicación y propaganda estalinistas no tuvieron reparo en construir una imagen doblada que no sólo no aspiraba a ensalzar la figura del nuevo regente por encima de la de un líder que ya no habría de gobernar; por el contrario, supieron aprovechar las circunstancias de su fallecimiento para construir la consolidación definitiva de un modelo político al que sus continuadores no tuvieron menoscabo en llamar, no estalinismo (pese a que Stalin se erigía como su auténtico autor), sino leninismo⁸.

Así, cuando Vladimir Ilyich Ulyanov (Владимир Ильич Ульянов), más conocido como Lenin, murió el 21 de enero de 1924, legó sin saberlo una gran herencia, verdaderamente inmensa. Tanto, que fueron muchos los que coincidieron en pensar que sus capacidades habían excedido los límites atribuibles a la vida de un mero mortal. Además de sus escritos, por los que todavía hoy puede ser reconocido como uno de los más grandes pensadores del siglo pasado, su protagonismo había sido crucial para el desarrollo de los acontecimientos, sin duda, más importantes de su país y su época. Resultaba verdaderamente imposible escribir la historia de la Revolución Socialista sin mencionar su nombre. Y por esta razón su causa política pudo seguir extendiendo por todo el mundo un argumentario común y el sentimiento de una fraternidad que sólo de palabra se podía considerar inter-nacional, pues se fundaba en la imaginería de una auténtica nación que recibió el nombre de leninismo⁹. Los estalinistas y, en general, los marxistas del mundo no dudaron en aunarse en torno a esta supuesta filiación imaginaria: el socialismo como el país de Lenin, o, más bien, de sus “hijos”.

2. El culto a Lenin

En este contexto, la propia historia de la gestación de los funerales de Lenin puede leerse como la ejemplificación de cómo se crea un nuevo culto. Las celebraciones públicas que, con tal ocasión, se organizaron en torno a su cuerpo embalsamado formaron pronto parte del imaginario común de la nueva nación. Asimismo, no puede obtenerse una explicación adecuada de la configuración que adoptó el ulterior Estado Soviético sin mencionar las numerosas muestras públicas de afecto de las que se hizo acreedor por parte de un pueblo que realmente puede considerarse que fue construido en torno a su figura.

A pesar de la controversia que gira, aún hoy, en torno a las circunstancias de la muerte, se puede decir que, tal vez, el hombre Lenin bien pudo haber muerto débil y enfermo (como lo muestran las fotografías de la época), pero con el fenecimiento de su cuerpo nacía al mismo tiempo un mito, que elevaba al personaje por encima de los mismos “comunes mortales” a los que debía guiar con su estandarte, igual que si se tratase del

⁸ TARCUS, Horacio, “De la Revolución al stalinismo: el leninismo y el problema del poder”, *Revista Izquierdas*, vol. 1, n° 1, 2008, pp. 1-17.

⁹ HALIMI, Serge, “El siglo de Lenin”, *Le Monde diplomatique en español*, n° 264, 2017, p. 13.

Cid en la reconquista de Valencia. Su muerte fue, sin lugar a dudas, propicia para las circunstancias de un Estado construido, en buena parte, en torno a una narrativa marcial. Pero era la muerte de un ser divino, o de un ser que vive más allá de su propia muerte, gracias al aprovechamiento que de él hicieron sus propios seguidores (y por encima de todos, Stalin) para afianzarse en el poder. Por ello, este acontecimiento pudo interpretarse como la última marcha de una vida entregada por entero a la causa revolucionaria, una muerte “sacrificial”, y, así, el verdadero acto de fundación que sólo correspondía emprender a un auténtico héroe nacional.

Con la muerte de Lenin, Stalin comprendió que se le presentaba una oportunidad única para hacerse con el poder absoluto y la aprovechó, totalmente determinado a conquistar el dominio total [...]. Stalin desarrolló el mito de Lenin y se presentó como su sucesor y como hombre que iba a culminar su labor. Para transmitir también a través de la iconografía este mensaje, se presentó hábilmente como el primero en el empeño por dar a Lenin una sepultura digna¹⁰.

Resulta paradójica la significación cuasi religiosa que, de ese modo, llegó a adoptar este culto tan personal, por parte de la población y a instancias de las directrices que provenían de los estatutos más altos del Partido y mediante el aparataje mediático de la propaganda comunista. El historiador Beno Enker ha señalado que la significación política que asumía así el ya “mito” de Lenin permitía a los comunistas reforzar los diques de resistencia elevados contra una imaginería religiosa a la que ya se había expulsado en los planos físico e ideológico, pero cuyo vacío era preciso colmar o incluso reemplazar¹¹. También Olaf B. Rader expone algunas de las circunstancias más significativas que dieron conformación a este paralelismo:

Und während bei den Reliquien der Heiligen die Partikel pars pro toto zwar tatsächlich die göttliche Fürsprecher darstellen, haben wir bei Lenin den ganzen, vollständigen, unverwesten und ewigen Gott vor uns. Keine Stellvertretung, keine Vorstellung, keine Repräsentation schien das leisten zu können, sondern der berührbare König, der wie sein zweiter unvergänglicher Staatskörper ebenfalls ewig schien¹².

A imitación de lo que conocemos en extenso a través de la imaginería del catolicismo, la muerte de Lenin conseguía así presentar al mismo como el símbolo necesario de la unidad entre el pueblo y un gobierno al que la burocracia y la omnipresencia de la policía del régimen mantenían demasiado aislado como para que la población pudiera figurárselo como una institución meramente “terrenal”. Se lograba con ello cerrar un esquema que reproducía las mismas estructuras simbólicas que eran las propias de la religión cristiana, que la ideología materialista había convertido en causa de represión y persecuciones¹³: el del Hijo amado cuyo papel había sido el de intermediar entre los

¹⁰ RADER, Olaf B., *Tumba y poder: el culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, Madrid, Siruela, 2006, p. 268.

¹¹ ENKER, Benno, *Die Anfänge der Leninkults in der Sowjetunion*, Söln – Weimar – Wien, Böhlau Verlag, 1997, pp. 148-149.

¹² RADER, Olaf B., *Grab und Herrschaft: Politischer Totenkult von Alexander dem Großen bis Lenin*, München, C.H. Beck Verlag, 2003, p. 242. Hay traducción española: “Y mientras que en las reliquias de los santos las partículas representaban *pars pro toto* al intercesor ante Dios, con Lenin tenemos ante nosotros al dios íntegro, completo, incorrupto y eterno. Ninguna suplencia, ninguna figuración, ninguna representación parecía capaz de realizar esto, sino el rey tangible, que, como su segundo e imperecedero cuerpo estatal, semejaba asimismo ser eterno” (RADER, *Tumba y poder...*, p. 273).

¹³ SUÁREZ LÓPEZ- ZURIAGA, Eloísa, “Estalinismo y Religión Política: entre la ficción y los acontecimientos históricos”, *Bajo palabra. Revista de Filosofía*, II Época, nº 3, 2008, pp. 165-172.

“vulgares” seres humanos y el todopoderoso Padre. Ahí se entrevé la aspiración estaliniana de representar por su parte, como nuevo gobernante, el papel respectivo del Hijo, único capaz de interpretar la voluntad sobrehumana del Padre del socialismo soviético.

Con ello la crítica del capitalismo, inherente a los presupuestos teóricos del aparato soviético, en buena medida no hacía sino traducir al plano de la discursividad ideológica ese fenómeno nacional-religioso de la “resurrección” simbólica de Lenin. Por eso, la ulterior decadencia y muerte de Stalin dejó sentir también su repercusión en el plano intelectual, y el crédito generalizado que había merecido hasta entonces la crítica antiimperialista experimentó un hondo declive que se inició a partir de la década de 1970 y acabó por consumarse, en palabras de Prabhat Patnaik, como un auténtico olvido que, a su decir, no era posible justificar como la mera consecución de un cansancio en lo académico o en lo social:

Curiosamente, esto no se da porque alguien haya teorizado contra el concepto. El silencio sobre el imperialismo no es el resultado de un debate intenso a partir del cual la balanza se inclinó decisivamente hacia un lado; no es un silencio teóricamente auto-consciente. Tampoco se puede considerar que el mundo cambió tanto en la última década y media para que hablar de imperialismo se haya convertido en un anacronismo¹⁴.

Lo que ocurría, a nuestro parecer, es que el paralelismo con la imaginería cristiana había extendido sus alas sobre la manida “internacionalización” de la que había hecho lema el socialismo desde los tiempos de Marx, al que no era infrecuente representar en la connivencia del “Padre”, ambos como los presuntos autores (uno ideológico y el otro fáctico) de la causa antiimperialista. Pues, a tenor de estos argumentos, lo universal no debía ser entendido tanto como una esencia previa a la historia y que sólo se consumiría o confirmaría a través de ella, sino que más bien era entendido como una posibilidad que debía hacerse efectiva, y de ese modo exigía que se lo elevase a máxima.

Esto, como señaló entre nosotros García Bacca, quiere decir que la “universalidad” sólo puede existir en el contexto de una tarea que cada uno tiene que producir¹⁵: lo universal, no como *factum*, sino como máxima ética, aspiración que sin duda asume cierta deuda con el planteamiento kantiano, según el cual ninguna acción puede reivindicar su valor moral si no responde a un mandato que debe ser capaz, al mismo tiempo, de sostener su validez universal¹⁶. En este sentido, “universal” no era la idea, sino la *posibilidad* de su materialización efectiva, y eso exigía la *voluntad* de todos sus participantes. Salta a la vista hasta qué punto resultaba ello conveniente para los intereses de un Estado totalitario como el que construyó la maquinaria estalinista. De nuevo a imitación del cristianismo, la perpetuación del comunismo se confirmaba como objetivo prioritario de la historia que estaba por escribirse, un fin para el desarrollo social, político y nacional de la población.

Mediante la propaganda de la época, al pueblo se le infundía la creencia de que su líder se había sacrificado por todos ellos, para seguidamente dar forma a la posibilidad de su

¹⁴ PATNAIK, Prabhat, “Whatever happened to imperialism?”, *Monthly Review*, vol. 42, nº 6, 1990, p. 73; cit. SILVA AMARAL, Marisa: “Lenin, el imperialismo como fase y reflexiones sobre el imperialismo hoy”, *CEC*, nº 6, 2017, p. 156.

¹⁵ GARCÍA BACCA, Juan David, *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

¹⁶ KANT, Immanuel, *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*, Madrid, Alianza, 2012.

“resurrección” (simbólica) mediante el establecimiento de un mensaje que caló hondo: el de que la continuación del proyecto político de Lenin pasaba por el triunfo del comunismo, es decir, del proyecto que ahora encarnaban los dirigentes del Partido estatal. No se escapa que, en este sentido, la muerte de Lenin y su papel como “padre mítico” tiene algunas similitudes con algunos casos también memorables y todavía recientes: el Che Guevara, por ejemplo, sigue sirviendo como emblema del régimen cubano; mientras que, en el lado opuesto de la balanza, José Antonio Primo de Rivera sirvió de soporte mediático para vincular la simbología del Reino de España con la imaginería del fascismo.

Entre nosotros, María Luisa Rico Gómez y Francisco Sevillano explican que la imaginería del fascismo configuró durante los años de la guerra civil una auténtica refundación del Estado español, que no podía llevarse a cabo sin la construcción de una narrativa mitológica que orbitaba en torno a dos padres: el vivo y el muerto, Franco y José Antonio, que representaban un papel parejo al que en la URSS correspondió, respectivamente, a Stalin y Lenin. A este aspecto imaginario que refuerza la consolidación de un Estado en torno a tales figuras personales, es a lo que los autores se refieren como “carisma”: “Lo carismático como portador de una esencia trascendente se presentó de manera dual entre la exaltación de Franco, el ‘Caudillo’, héroe reconocido como jefe político por sus hazañas guerreras, y el culto a la memoria de José Antonio, profeta entregado a la muerte como sacrificio redentor de España”¹⁷.

El “carisma” no nombra ningún tipo de propiedad o virtud de raigambre psicológica. Por el contrario, se trata de un constructo en el que los medios de comunicación muestran todo su poder propagandístico, actuando así como los “sustitutos simbólicos de las relaciones reales entre el jefe y sus seguidores”¹⁸. Por ello, y como también se evidencia en el caso que analizamos de Lenin y Stalin, parece acertado concluir que “la construcción del pseudocarisma político es una estrategia calculada a través del empleo de recursos propagandísticos, la representación del imaginario y la presentación de un jefe carismático en posesión de formas y estilos de un hombre extraordinario”¹⁹. El carisma como resultado de la apología, y no al revés.

3. Causas de la muerte de Lenin

El 21 de enero de 1924 murió Vladimir Ilich Lenin. La causa oficial del deceso fue pronto comunicada por los periódicos oficialistas: un derrame cerebral grave, que vino a consumir el trabajo fatal que habían iniciado una serie de sucesivos ataques que el líder había sufrido en varios episodios anteriores, sobradamente conocidos por la población. En efecto, la autopsia indicaba que su arteria carótida se encontraba en un estado de degeneración muy avanzado, debido quizás a una arteriosclerosis de origen genético que, por cierto, estaba en consonancia tanto con su propio historial médico como con el de su familia. Porque los accidentes cerebrovasculares que Lenin había tenido con anterioridad le habían dejado secuelas sensibles de las que nunca se pudo recuperar. En la siguiente imagen se puede apreciar cuál era el estado de degradación que soportaba el líder socialista en las semanas previas al derrame que resultó fatal.

¹⁷ RICO GÓMEZ, María Luisa; SEVILLANO, Francisco, “Franco y José Antonio: caudillo y profeta de España. La construcción del carisma durante la Guerra Civil”, *Studia Historica. Historia contemporánea*, vol. 31, 2013, p. 95.

¹⁸ *Ibidem*, p. 97.

¹⁹ *Idem*.



Figura 1. Última foto de Lenin con vida (1923). Fuente: MARTOS, Cristina de, “¿Qué mató a Lenin? Conferencia médica”, *El Mundo*, 8 de mayo de 2012.

En 1922 había sido víctima de dos síncope: como consecuencia del primero de ellos perdió el habla durante dos semanas. Pero el segundo fue aún más grave, pues le dejó el lado derecho del cuerpo completamente paralizado. Las fotografías de esta época hablan por sí mismas: atado a su silla de ruedas, incapaz de caminar y con un aspecto profundamente enfermizo, circunstancias que son sólo el anuncio de una decadencia progresiva que se completaría en marzo de 1923, cuando sufrió un tercer golpe que le privó definitivamente de la facultad del habla. Fue sólo entonces cuando, al menos de cara a la población, se le desplazó a un lado en la gestión gubernamental, paso crucial y siempre arriesgado para el Partido, pues suponía descartar la capacidad de liderazgo de la figura que había logrado movilizar en torno a sí a todas las potencias de la causa (razón por la cual E. H. Carr se refiere a este período como el “interregno”²⁰). Pero, pese a ello, había llegado el momento en que era necesario dar ese paso, toda vez que ya no se podía esperar ninguna recuperación o mejora.

Sin embargo, el aparataje mediático de la época todavía siguió sosteniendo entre la población la creencia ficticia de que Lenin lideraba, de un modo u otro, la gobernancia del país “en la sombra”, durante un supuesto proceso de restablecimiento que, no por no ansiado, jamás llegaría a confirmarse. El temor que motivaba este engaño estaba plenamente justificado, pues la población era realmente incapaz de imaginar un futuro sin el líder carismático, como lo describe Benno Enker en el siguiente pasaje:

*Zugleich hinterließ der Tod Lenins bei vielen Menschen – zusammen mit dem Gefühl, ein Epochenende zu erleben – eine tiefe Verunsicherung. In ihren Zukunftsängsten flossen ungeschieden persönliche und öffentlich geforderte Emotionen zusammen, aber Formen von Bewältigung waren nicht erkennbar. So ist nicht verwunderlich, daß häufig über Fälle von hysterischen Ausbrüchen unter den Menschen berichtet wurde, die auf Moskaus Straßen warteten*²¹.

²⁰ CARR, E. H., *The Interregnum. 1923-1924. A History of Soviet Russia*, vol. IV, London, Basingstoke, 1978.

²¹ ENKER, Benno, *Die Anfänge der Leninkults...*, pp. 148-149: “Al mismo tiempo, la muerte de Lenin dejó a muchas personas con una profunda sensación de inseguridad, junto con el sentimiento de vivir el final de una época. En este temor por el futuro corrían parejas las ininterrumpidas muestras personales de

Como señala el afamado concepto de “imaginario social”, acuñado por Castoriadis, la imaginación es un elemento fundamental para definir los vínculos que permiten mantener unida a una determinada comunidad. Por ello, autores provenientes de los estudios sociales dirigen su atención hacia “la dinámica de la imaginación organizada social y culturalmente como proceso que se encuentra en el corazón de la cultura política, la comprensión de uno mismo y la solidaridad”²². Especialmente conocida, en este sentido, es la tesis del célebre *Comunidades imaginadas*, del politólogo e historiador Benedict Anderson²³ (1936-2015), quien defendió la idea de que son las condiciones materiales las que “configuran la cultura y las instituciones que facilitan su reproducción, desde periódicos y novelas a censos, mapas y museos”²⁴.

Sin embargo, una carencia notable del trabajo de Anderson consiste en no haberse ocupado de analizar el núcleo imaginario que señalaba a la Unión Soviética como Estado-nación articulado en torno al paternalismo del líder defenestrado (en todo el libro no se encuentra una sola mención directa a Lenin, y sólo una a Stalin). Por ello hemos creído relevante resaltar el carácter cuasi-mitológico que comprendía para todos estos pueblos la figura de Lenin; algo que por cierto se manifiesta en gran medida en la variedad de teorías “conspiranoicas” que se dieron acerca de su muerte; teorías que abarcan todo un vasto repertorio de presunciones, pues ora aluden una supuesta enfermedad de origen inmoral (como en la teoría de la sífilis), ora apuntan a las más envaradas conspiraciones políticas (como en el caso de la teoría del envenenamiento).

Las especulaciones acerca de la “verdadera causa” de su defunción se extienden hasta nuestros días, y no en medios de fama dudosa, por cierto. Sin ir más lejos, en un reciente artículo publicado por el diario español *El Mundo* se recogían las actas resultantes de las conferencias sobre historia de la patología clínica que cada curso académico tienen lugar en la facultad de medicina de la Universidad de Maryland (EE. UU.), dedicadas el año 2012 a la revisión de la autopsia de Lenin²⁵. En ellas se interponían numerosas objeciones a la versión oficial, tales como, sin ir más lejos, que Lenin en realidad no tenía ningún factor de riesgo que hubiera podido justificar la aparición tan temprana de los ictus que supuestamente lo habían llevado a la tumba (ya que ni era obeso ni hipertenso, ni tampoco padecía diabetes, no fumaba ni bebía, o al menos no de forma llamativa; y, por el contrario, sí que hacía ejercicio con regularidad y presumía de que sus hábitos de alimentación y de sueño eran muy comedidos).

No es posible imaginar cómo sería el mundo si Lenin hubiera vivido durante una o dos décadas más. Tal vez Europa y el resto del planeta serían muy diferentes si no hubiera muerto a la edad de 53 años. Lo cierto es que las circunstancias de su fallecimiento encubren algunas sombras en las que resulta fácil y sugerente entrever la mano escondida de un Stalin que, al fin y a la postre, fue el mayor beneficiario de su pérdida. A pesar de ello, llama la atención que teóricos de la más alta alcurnia cuestionen, por

afecto y las que habían sido requeridas públicamente, pero las formas de afrontarlo no eran predecibles. Por ello no debe sorprender que con frecuencia se informara sobre casos de brotes histéricos entre las personas que esperaban en las calles de Moscú”.

²² CALHOUN, Craig, “La importancia de *Comunidades imaginadas* y de Benedict Anderson”, *Debats*, vol. 130, nº 1, 2016, p. 11.

²³ ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London – New York, Verso, 2006.

²⁴ CALHOUN, “La importancia de *Comunidades imaginadas*...”, p. 11.

²⁵ MARTOS, Cristina de, “¿Qué mató a Lenin?...”.

presuntamente inverosímil, la muerte repentina de un hombre que sin embargo tenía, como Lenin, unos antecedentes familiares calamitosos (tanto su padre como tres de sus hermanos fallecieron, también, por patologías cardiovasculares). Son innumerables los congresos que se han celebrado sobre este tema, y lo mismo se puede decir del sinfín de publicaciones que se ocupan de esta cuestión. Aunque el posible envenenamiento de Lenin nunca se pudo comprobar, ello significa poco habida cuenta de que la autopsia, sorprendentemente, no incluía el análisis de sustancias toxicológicas.

Por eso, los expertos se arremolinan para ofrecer su opinión acerca de los pormenores que acompañan a su muerte y que pudieran haber pasado inadvertidos. Así el Dr. Harry Vinters, en declaraciones al *New York Times*, recordaba la severidad de los últimos ataques de Lenin, los fatales, que a su decir constituían un hecho “bastante inusual en un paciente que ya había tenido un derrame cerebral”²⁶. Ante estas dudas, las hipótesis centradas en una supuesta intoxicación ganan adeptos, como la del historiador ruso Lev Lurie (en el mismo artículo del *Times*), que señala cómo “fue empeorando poco a poco, se quejaba de que no podía dormir y aquejó terribles dolores de cabeza desde 1921 hasta su muerte”²⁷.

Sólo el veneno habría podido ser responsable de semejante mal, que finalmente lo llevó a la tumba. Su verdugo, que por entonces ya habría usado este método para quitarse de en medio a más de un opositor, no sería otro que el mismo que, paradójicamente, hubo de convertirse en el gran ideólogo del “leninismo”, para gloria suya y de la nación que gobernó durante décadas con puño de acero. Otros, en cambio, se apresuran a rebatir que, tras el atentado que Lenin había sufrido contra su persona en agosto de 1918, le había quedado el “recuerdo” de una bala de plomo que bien fue la que pudo haberle estado intoxicando de forma paulatina, acelerando con ello el proceso degenerativo que padeció durante sus últimos años; aunque tampoco faltan, por supuesto, los detractores de esta teoría, que alegan que tal acción no había sido más que otro montaje propagandístico de la maquinaria soviética²⁸.

4. El uso público de la muerte de Lenin

Lo que no cabe duda es que la desaparición de Lenin (así como el transcurso de su enfermedad) tenía un incuestionable significado político, razón por la cual, contra los deseos de la familia, fue acreedora de un uso público meritoriamente calculado. El difunto había tenido ocasión de expresarse contra esta posibilidad, alegando que prefería un funeral privado que solamente reuniese al entorno familiar más cercano. Pero, lejos de ello, el sepelio de Lenin se convirtió en una auténtica conmemoración que respondía al interés incuestionable de los ahora líderes del Partido, contra los que no podía resultar conveniente ningún tipo de objeción. Así, su cuerpo embalsamado se instaló frente a la multitud, después de haber sido manipulado y preparado para la ocasión, cual maniquí de una elegantísima *boutique*.

²⁶ KOLATA, Gina, “Lenin’s Stroke: Doctor Has a Theory (and a Suspect)”, *The New York Times*, 7 de mayo de 2012.

²⁷ *Idem*.

²⁸ MARÍN, Carmen, “El atentado contra Lenin y el destino de una mujer”, *Russia Beyond*, 6 de junio de 2014.



Figura 2. El doctor Vorobiov, encargado de embalsamar el cuerpo, posa con sus ayudantes junto a la momia de Lenin. Foto de 1924. Fuente: EFE, “Putin compara la momia de Lenin con las reliquias de santos cristianos”, *La Vanguardia*, 14 de enero de 2018.

El materialismo soviético aún tuvo ocasión de aprovechar su cuerpo para hacer un auténtico espectáculo del que quedan legadas algunas fotografías de valor histórico importantísimo. En ellas se puede ver cómo se analizaban las especificidades de la morfología del difunto, en aras a dar una explicación “científica” de ese genio irrecuperable, que comenzaba a adquirir los atributos grandilocuentes de un semidiós. Al mismo tiempo, había que hacer “verosímil” que semejante personaje hubiera podido caer a manos de una vulgar enfermedad, cual mortal inane. Esta contradicción debía ser puesta de manifiesto a la vez que contestada vigorosamente por parte de los medios de comunicación oficialistas, que se ocuparon así de construir un relato completo y complejo donde no debía quedar cabo suelto alguno que pudiera resultar de utilidad. Así lo describe Nina Tumarkin:

[...] Lenin and death were described in the press as locked in a heroic struggle – this became part of the Lenin myth. Lenin had been determined to conquer his illness by the strength of his will, wrote a Petrograd journalist. And he would have attained this goal had he not suffered a fierce attack that carried him off to his grave. Lenin lost the fight because his enemy, Death, was heavily armed and Lenin was vulnerable. His blood vessels had been so terrible weakened by the lack of blood to nourish them that Death had only to strike one fierce blow –the stroke of January 21 – and even Lenin's genius could not stave it off²⁹.

²⁹ TUMARKIN, Nina, *Lenin lives! The Lenin cult in Soviet Russia*, Harvard University Press, 1983, p. 171: “Lenin y su muerte fueron descritos por la prensa como mutuamente enfrentados en una lucha heroica: esto se convirtió en parte del mito de Lenin. Lenin estaba determinado a confrontar la enfermedad por medio de su fuerza de voluntad, según había escrito un periodista de Petrogrado. Y habría conseguido su objetivo de no haber sufrido el feroz ataque que lo llevó a la tumba. Había perdido esta batalla debido a que su enemigo, la Muerte, estaba poderosamente armada toda vez que Lenin se había mostrado vulnerable. Sus vasos sanguíneos habían sido tan terriblemente debilitados por la falta de la sangre que debía nutrirlos, que la Muerte sólo había tenido que asestar un golpe lo suficientemente certero –el ataque del 21 de enero– como para que ni siquiera el genio de Lenin fuera capaz de esquivarlo”.

La prensa pudo enfatizar así que, a pesar de los deterioros que se advertían en su cerebro, hubiera sido capaz de soportar tanto tiempo con vida. Los panfletos de la época se llenaban de crónicas que describían cómo este maltrecho Lenin había ocupado sus últimos días en la lectura de periódicos y en la práctica de la caza deportiva, haciendo alarde de un orgullo descomunal que atestiguaba la extraordinaria singularidad de aquel hombre. Sin embargo, esas supuestas informaciones eran extremadamente exageradas. En realidad, y de acuerdo a lo que decía la autopsia, Lenin ya no podía ni hablar ni, mucho menos, leer. Y lo de las cacerías en realidad se refería a los largos paseos que daba por su jardín, siempre acompañado por alguien que pudiera empujar su silla de ruedas, de la que no era capaz de levantarse.

Pero lo determinante era que el cadáver de Lenin debía servir como catalizador de la admiración popular, que consagrara la unión simbólica e imaginaria entre la población y las estructuras de gobierno, lo cual respondía sin duda a una estrategia perfectamente orquestada desde las altas esferas soviéticas, a imagen y semejanza de lo que describieron Rico Gómez y Sevillano con ocasión de su análisis de las estructuras ideológicas del franquismo:

[...] la figura del héroe moderno, asimilada con “imágenes arquetípicas” de naturaleza colectiva y primordial, se coloca en el interior de la presencia de lo simbólico en la política: nivel donde el mito es vivido como acto de voluntad, revela intuitivamente la verdad sobre la identidad de una comunidad, y sostiene y legitima la acción política colectiva al arraigarla en una realidad primigenia, trascendente, fuera del tiempo; en una palabra, en lo extraordinario que funda el orden³⁰.

Este uso se ejemplificó sobre todo, como cabía esperar, en los funerales de Estado. Rader cuenta que “todos los detalles del sepelio de Lenin fueron cuidadosamente puestos en escena desde un principio”³¹. Así, por ejemplo, “la semana de duelo entera y las honras fúnebres fueron organizadas por un gremio dotado de plenos poderes políticos”³², lo que venía a configurar la idea de que el poder no moría con el padre fundador, sino que, al contrario, quedaba plenamente instituido a partir de esta circunstancia.

Se trata de una idea similar a la que usa el psicoanálisis cuando habla de “ley del padre”, según la cual “la presencia real de un padre no es la mejor garantía del cumplimiento de esta Ley: un padre ausente o muerto puede ser incluso en mayor medida, el agente adecuado. De ahí la creación de su mito del Padre primitivo”³³. Esta es la noción que Freud desarrolla en extenso en su afamado *Tótem y tabú*, donde quiere explicar que el origen de la sociedad se anuda a la conformación de un mito de transgresión que aúna a los miembros de una comunidad bajo el yugo de un pecado imaginario: la muerte deviene asesinato encubierto y la sobrecompensación del ideal, cuya presencia simbólica se ve por todo ello reforzada, conduce al estrechamiento de los lazos que atan imaginariamente a los miembros del clan³⁴. Freud ya entrevió que esta suerte de

³⁰ RICO GÓMEZ; SEVILLANO, “Franco y José Antonio...”, p. 97.

³¹ RADER, *Tumba y poder...*, p. 268.

³² *Idem*.

³³ CEBRIÁ TORNOS, Luis (coord.), *Diccionario AKAL de psicoanálisis*, Madrid, Akal, 2007, vol. 1, p. 763.

³⁴ FREUD, Sigmund, *Tótem y tabú*, Madrid, Alianza, 2011.

mecanismos psicológicos podían ser utilizados para generar la sumisión generalizada en torno a la personalidad indiscutible de una figura dictatorial³⁵.

Sin embargo, con Lenin ocurrió algo extraordinario: su imagen no sólo sirvió para acuñar la justificación ideológica de una nación como causa (“unidad de destino en lo universal”), sino que legitimaba todo un sistema, todo un Régimen que, en rigor, había sido creado por él. En efecto, como ha explicado Luis Gonzalo Díez, Stalin “no rompió con la herencia leninista, sino que partió de las instituciones, prácticas e ideología establecidas por el fundador a la hora de organizar su salvaje política de modernización y terror indiscriminado”³⁶. Así, en la biografía que Service escribió sobre Stalin³⁷ se pudo ocupar del desmentido de lo que con acierto señala como falso mito, a saber, el de que Lenin había sido “bueno” mientras que Stalin representaba el componente “malvado” de la Revolución, porque lo cierto es que en realidad: “desde sus orígenes, el comunismo soviético se caracterizó por su impronta dictatorial y criminal”³⁸, que por lo tanto no podía entenderse como un invento de Stalin.

La biografía de Service entiende que el Estado fuertemente nacionalista, construido en torno a la imagen del padre fundador, tiene su origen en el intento de Stalin de procurarse una base social plenamente entregada a su proyecto mixto de modernización y de represión. Sin embargo, como bien advierte Díez, “el stalinismo [*sic*], sin embargo, no debe entenderse como un zarismo rojo o un nacionalismo de nuevo tipo debido a su impronta comunista”³⁹. Por el contrario “Stalin siempre asumió su condición de heredero de Lenin, y a la permanencia más nominal que real de un respeto hacia la autonomía administrativa y cultural de las repúblicas soviéticas”⁴⁰. Lo que Service no alcanza a vislumbrar es hasta qué punto este es un mito que convenía al propio Stalin, en la medida en que no hacía sino reforzar su legitimidad como “sacerdote” o representante “humano” de esa suerte de religión que recibió el nombre de leninismo.

De este modo, lo que Stalin “fundaba” en torno a Lenin era no sólo la idea de un país, proyecto romántico que une a los copertenecientes más allá de su religión y creencias. Pues de lo que se trataba para el estalinismo ya no era de Rusia, sino de la Patria Universal del Proletariado. En este contexto, la imaginería de un supuesto Lenin “bueno”, aunque sólo fuera para ensalzar la maldad implícita del estalinismo, no hacía sino responder a los preceptos idealizados que sirvieron a Stalin para tomar las estructuras políticas de la URSS como “cosa hecha”, como supuesto y auténtica “nación”. La URSS era algo más que una federación internacional, era una auténtica “patria”, porque tenía un Padre.

En este sentido, también el artículo de Jorge Saborido considera crucial preguntarse por las relaciones entre Lenin y Stalin para comprender el tipo de régimen que surge de la Revolución de Octubre. El autor destaca el hecho de que, a pesar de ser hoy día costumbre extendidísima en la historiografía contemporánea, en la época en que gobernaba Stalin nadie hablaba de “estalinismo”, por lo que concluye que “el

³⁵ FREUD, Sigmund, *Psicología de las masas y análisis del yo*, Buenos Aires, Amorrortu, 2017.

³⁶ DÍEZ, Luis Gonzalo, “Rompiendo con el mito...”, p. 171.

³⁷ SERVICE, Robert, *Stalin. Una biografía*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

³⁸ DÍEZ, “Rompiendo con el mito...”, p. 171.

³⁹ *Ibidem*, p. 173.

⁴⁰ *Idem*.

despliegue del llamado ‘culto a la personalidad’, el endiosamiento progresivo del líder era no obstante acompañado de una visible intención de no utilizar esa expresión”⁴¹.

La actitud del mismo Stalin era de manifiesta subordinación a la figura de Lenin, “el genio que comandó con decisión la gesta de los bolcheviques en 1917”. En unas famosas declaraciones realizadas en 1931 al escritor alemán Emil Ludwig decía: “en lo que a mí concierne, soy sólo un discípulo de Lenin y el objetivo de mi vida es ser el mejor de ellos”⁴².

A ello hay que añadir la tesis de la historiadora Catherine Merridale, según la cual Lenin había funcionado como una figura de concentración en torno a la que se aunaban las fuerzas discrepantes que operaban la revolución⁴³. Entre nosotros, Pedro Antonio Navarro comulga con la misma postura, ya que, de no haber sido por él, el estallido revolucionario habría estado “condenado al aislamiento”: “En lugar de conseguir el apoyo del proletariado europeo, sufrió la agresión externa de todas las potencias capitalistas. A pesar de esa ‘soledad’ y de las terribles condiciones que afrontó, obtuvo espectaculares avances”⁴⁴.

Por su parte, a decir del historiador Óscar Murillo, la capacidad de Lenin no residía en el éxito del afamado “Pan, paz, tierra”, que se irguió como lema del bolchevismo, sino en su capacidad para asumir un liderazgo político que no era nada sencillo o previsible, pues lo controvertido de las circunstancias históricas no invitaban al anuncio de la férrea cohesión (violenta en buena parte de los casos) que se logró con posterioridad. De este modo, el mérito de Lenin fue el de haber logrado “asumir el liderazgo político en un período en el que se carecía de éste y en sintetizar la acción política”⁴⁵.

5. Conclusión: significación mitológica de la muerte de Lenin

Lo que motivaba nuestro interés no eran tanto los aspectos representativos de la muerte de Lenin (no sólo), sino en general el hecho de que su desaparición sirvió como oportunidad para la conformación de una auténtica ideología nacional, consumada en la imagen de Lenin como padre del socialismo. Del mismo modo, el uso de la muerte de una persona a favor de los intereses de las estructuras de poder tiene su importancia, pues denota que el uso público de la muerte de Lenin permite analizar el significado social y antropológico inherente a toda mitología, especialmente en lo relativo a aquellas narraciones destinadas a ofrecer una explicación sobre la fundación de un pueblo.

Una “mitología” es una narración o esquema de narraciones que tienen una función muy particular para la conformación de una imaginación nacional. Los mitos se comparten y dan razón de ser de las estructuras existentes y de los lazos compartidos, de modo que

⁴¹ SABORIDO, Jorge, “¿Stalin contra Lenin o Stalin junto a Lenin? Una aproximación a los debates historiográficos sobre la experiencia estalinista”, *Historia Contemporánea*, nº 29, 2005, p. 805.

⁴² *Id.* Las comillas citan declaraciones recogidas de BOFFA, Giuseppe, *The Stalin Phenomenon*, Ithaca – London, Cornell University Press, 1992, p. 3.

⁴³ MERRIDALE, Catherine, *El tren de Lenin. Los orígenes de la revolución rusa*, Barcelona, Crítica, 2017.

⁴⁴ NAVARRO, Pedro Antonio, “Un siglo de la revolución rusa”, *El siglo de Europa*, nº 1216, 6 de octubre de 2017.

⁴⁵ MURILLO RAMÍREZ, Óscar, “El tren de Lenin. Los orígenes de la revolución rusa de Catherine Merridale”, *Íconos*, nº 60, 2018, p. 244.

procuran la sutura en el imaginario de los afectos de los individuos, generando con ello un amalgamado de voluntades que hacen más difícil la transgresión. Haberse servido de la figura de Lenin como la de un auténtico héroe nacional, casi un producto de la fantasía, a despecho incluso del mérito que en la imagería mereció Stalin en la comparativa con el gran Padre fundador, fue el ardid más inteligente de este gobernante de cara a la conformación de una “comunidad imaginaria” verdaderamente férrea que, sin embargo, sus continuadores no supieron o no quisieron mantener.

A pesar del (lógico) miedo inicial que siguió a su muerte, la presencia de la tumba de Lenin en el corazón de la Unión Soviética conformaba una significación plenamente religiosa a la imagería institucional, que prestó un servicio mucho más efectivo que el que podría haberse esperado de cualquier otro medio de propaganda. Sólo así podía entenderse la expresión que hizo fama entre los activistas revolucionarios de la época: “Lenin ha muerto, pero el leninismo vive”.

Lo cierto es que sin esta frase jamás se podría haber explicado el desarrollo histórico posterior de la Unión Soviética. Sólo tras la muerte de Lenin puede decirse con rigor que se dotó de contenido a la palabra “leninismo”, emblema de todo un sistema de representaciones imaginarias y simbólicas extremadamente parejas a las de una religión real. Por eso, cuando hoy en día oímos repetir ciertas fórmulas similares a las que dieron forma al culto de Lenin (como en Venezuela, donde el lema sigue siendo “¡Chávez vive!”), deberíamos preguntarnos hasta qué punto no somos testigos de una especie de ingeniería propagandística, que reproduce a lo largo del tiempo (bien que con sus debidas distancias y sus correspondientes contextualizaciones) una serie de constantes políticas de utilidad para el control imaginario de la población, mediante la constitución de lazos identitarios y afectivos que a la postre resultan prácticamente indestructibles.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London – New York, Verso, 2006.
- BOFFA, Giuseppe, *The Stalin Phenomenon*, Ithaca – London, Cornell University Press, 1992.
- CALHOUN, Craig, “La importancia de *Comunidades imaginadas* y de Benedict Anderson”, *Debats*, vol. 130, n° 1, pp. 11-17. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5715162/1.pdf> (Fecha de consulta: 09-08-2018).
- CARR, E. H., *The Interregnum. 1923-1924. A History of Soviet Russia, vol. IV*, London – Basingstoke, 1978.
- CEBRIÁ TORNOS, Luis (coord.), *Diccionario AKAL de psicoanálisis*, Madrid, Akal, 2007.
- CORERA, Gordon, “Rusia y Occidente: un siglo de relaciones marcado por sospechas e intentos de desestabilización”, *BBC.com*, 28-03-2017. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-39393451> (Fecha de consulta: 28-09-2018).
- DÍEZ, Luis Gonzalo, “Rompiendo con el mito de un Lenin *bueno* y un Stalin *malo*. Robert Service”, *Mar Oceana*, n° 20, 2006, pp. 171-174. <http://ddfv.ufv.es/xmlui/bitstream/handle/10641/500/Rompiendo%20con%20el%20mito%20de%20un%20Lenin%20bueno%20y%20un%20Stalin%20malo.pdf?sequence=1&isAllowed=y> (Fecha de consulta: 12-08-2018).
- EFE, “Putin compara la momia de Lenin con las reliquias de santos cristianos”, *La Vanguardia*, 14-01-2018. <https://www.lavanguardia.com/internacional/20180114/4412831263/putin-compara-momia-lenin-reliquias-santos-cristianos.html> (Fuente: 18-09-2018).
- ENJUTO CASTELLANOS, Esther, “Stalin y el retrato oficial en la Unión Soviética de entreguerras”, *Ars longa*, n° 7-8, 1996-1997, pp. 279-283. <https://www.uv.es/dep230/revista/PDF239.pdf> (Fecha de consulta: 30-08-2018).
- ENKER, Benno, *Die Anfänge der Leninkults in der Sowjetunion*, Söln – Weimar – Wien, Böhlau Verlag, 1997.
- FREUD, Sigmund, *Tótem y tabú*, Madrid, Alianza, 2011.
- FREUD, Sigmund, *Psicología de las masas y análisis del yo*, Buenos Aires, Amorrortu, 2017.
- FUENTES, Juan Francisco, “De Lenin a Stalin. El triunfo del voluntarismo”, *Letras libres*, n° 226 (México), 2017, pp. 12-15. También se encuentra en el n° 217 (España), 2017, pp. 8-11. <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/lenin-stalin-el-triunfo-del-voluntarismo> (Fecha de consulta: 20-09-2018).
- GARCÍA BACCA, Juan David, *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- KANT, Inmanuel, *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*, Madrid, Alianza, 2012.
- GLOVER, Jonathan, *Humanidad e inhumanidad: una historia moral del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2013.
- HALIMI, Serge, “El siglo de Lenin”, *Le Monde diplomatique en español*, n° 264, 2017, p. 13. <https://mondiplo.com/-2017-10-> (Fecha de consulta: 16-09-2018).
- KOLATA, Gina, “Lenin’s Stroke: Doctor Has a Theory (and a Suspect)”, *The New York Times*, 07-05-2012. http://www.nytimes.com/2012/05/08/health/research/lenins-death-remains-a-mystery-for-doctors.html?_r=0 (Fecha de consulta: 03-02-2014)
- MARÍN, Carmen, “El atentado contra Lenin y el destino de una mujer”, *Russia Beyond*, 06-07-2014. https://es.rbth.com/blogs/2014/07/06/el_atentado_contra_lenin_y_el_destino_de_una_mujer_41521 (Fecha de consulta: 25-6-2018).
- MARTOS, Cristina de, “¿Qué mató a Lenin? Conferencia médica”, *Diario El Mundo*, martes 08-05-2012. <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2012/05/08/noticias/1336477092.html> (Fecha de consulta: 30-8-2018).
- MERRIDALE, Catherine, *El tren de Lenin. Los orígenes de la revolución rusa*, Barcelona, Crítica, 2017.

- MURILLO RAMÍREZ, Óscar, “El tren de Lenin. *Los orígenes de la revolución rusa de Catherine Merridale*”, *Íconos*, nº 60, 2018, pp. 242-246. <http://scielo.senescyt.gob.ec/pdf/iconosfl/n60/1390-8065-iconosfl-60-00242.pdf> (Fecha de consulta: 01-09-2018).
- NAVARRO, Pedro Antonio, “Un siglo de la revolución rusa”, *El siglo de Europa*, nº 1216, 06-10-2017. <http://www.elsiglodeeuropa.es/siglo/historico/2017/1216/Index%20Los%20Dossieres.html> (Fecha de consulta: 04-09-2018).
- PATNAIK, Prabhat, “Whatever happened to imperialism?”, *Monthly Review*, vol. 42, nº 6, 1995. http://findarticles.com/p/articles/mi_m1132/is_n6_v42/ai_9101140/ (Fecha de consulta: 03-07-2018).
- RADER, Olaf B., *Grab und Herrschaft: Politischer Totenkult von Alexander dem Großen bis Lenin*, München, C.H. Beck Verlag, 2003.
- RADER, Olaf B., *Tumba y poder: el culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, Madrid, Siruela, 2006.
- RICO GÓMEZ, María Luisa; SEVILLANO, Francisco, “Franco y José Antonio: caudillo y profeta de España. La construcción del carisma durante la Guerra Civil”, *Studia Historica. Historia contemporánea*, vol. 31, 2013, pp. 95-111. <http://revistas.usal.es/index.php/0213-2087/article/view/14594/15048> (Fecha de consulta: 14-06-2018).
- SABORIDO, Jorge, “¿Stalin contra Lenin o Stalin junto a Lenin? Una aproximación a los debates historiográficos sobre la experiencia estalinista”, *Historia Contemporánea* nº 29, 2005, pp. 805-838. <http://www.ehu.es/ojs/index.php/HC/article/viewFile/4989/4857> (Fecha de consulta: 23-03-2018).
- SERVICE, Robert, *Stalin. Una biografía*, Madrid, Siglo XXI, 2006.
- SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “La investigación del Nacionalismo: evolución, temas y metodología”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, nº 9, 1996, pp. 315-336. https://www.pucsp.br/cehal/downloads/relatorios/revista_espacio_tiempo_forma/nacionalismo.pdf (Fecha de consulta: 12-06-2018).
- SILVA AMARAL, Marisa, “Lenin, el imperialismo como fase y reflexiones sobre el imperialismo hoy”, *CEC*, nº 6, 2017, pp. 153-176. <http://sociedadeconomicacritica.org/ojs/index.php/cec/article/view/87> (Fecha de consulta: 13-07-2018).
- SUÁREZ LÓPEZ- ZURIAGA, Eloísa, “Estalinismo y Religión Política: entre la ficción y los acontecimientos históricos”, *Bajo palabra. Revista de Filosofía*, II Época, nº 3, 2008, pp. 165-172. file:///C:/Users/LGG_S/Downloads/165_pdfsam_bp_n3_completa_revista.pdf (Fecha de consulta: 06-07-2018).
- TARCUS, Horacio, “De la Revolución al stalinismo: el leninismo y el problema del poder”, *Revista Izquierdas*, vol. 1, nº 1, 2008, pp. 1-17. <http://www.redalyc.org/pdf/3601/360133441004.pdf> (Fecha de consulta: 19-09-2018).
- TUMARKIN, Nina, *Lenin lives! The Lenin cult in Soviet Russia*, Harvard University Press, 1983.

Cómo citar este artículo:

Gracia Gómez, A.A. (2019). Los funerales de Lenin o el nacimiento de un mito fundacional. *ASRI. Arte y Sociedad. Revista de Investigación*, (16), 21-36.
